

LA FOTOGRAFÍA DE ALEJO MOLINA COMO REFLEJO ÍNTIMO DE LA REALIDAD

MANUEL MARTÍNEZ ARNALDOS
CARMEN M. PUJANTE SEGURA
Universidad de Murcia

In memóriam Alejo Molina

José Luis Molina, con su reciente libro *La fotografía de Alejo Molina: del realismo intimista al experimental*¹, se enfrenta, quizás, a la más compleja tarea que como autor se haya visto inmerso en su amplia producción, ya sea en los dominios de la creación ficcional, en verso y en prosa, o en los de la investigación teórico-crítica e histórico-literaria, cual es, en la obra que ahora nos ocupa, el difícil tránsito desde la percepción subjetiva y emocional a la interpretación objetiva. Una dificultad agravada porque José Luis Molina debe enfrentarse a la formulación crítica de un discurso visual en el que tanto la condición psicológica como el específico modo de comunicación de la imagen adquieren especial relevancia. Pues las referencias visuales nos transmiten una información que puede responder o a mensajes concretos o bien a sentimientos expresivos, ya sea intencionadamente, con un fin preciso, u oblicuamente tratando de establecer connotaciones con otros posibles significados. De ahí la capacidad cambiante del arte visual para informar tanto de la sensibilidad del autor como de la del observador respecto a sí mismos y su propio mundo, o en relación a otros lugares y otros tiempos.

Por ello, José Luis Molina, con acierto, inicia su estudio a partir de un «Paisaje introductorio» (págs. 9-14) que tiene como motivo una fotografía en color, titulada *Alameda de Madrid*, cuidadosamente enfocada y expuesta. Una fotografía que genera un efecto impresionista, realista, e induce a la interpretación individual. Un efecto que determina las respuestas que José Luis, en su análisis, nos propone en cuanto a un paisaje llamado Alameda. Un espacio transitorio e indefinido, un espacio de intimidad y como refugio emocional que permite su transferencia en similitud

¹ José Luis Molina, *La fotografía de Alejo Molina: del realismo intimista al experimental*, Lorca, Tres Columnas, 2019.

a la Alameda de los Tristes de la ciudad de Lorca. Y tras un preciso análisis de las tres partes en las que José Luis Molina estructura el paisaje (arboleda verde + camino + arbolado dorado), podemos constatar los niveles y grados de significado e intencionalidad existentes entre las tres partes y las connotaciones emocionales que suscita al margen de su estricto motivo y composición estructural. De tal modo que le lleva al observador a evocar recuerdos de otros tiempos: «[...] aventuras infantiles, recogiendo vinagretas –*algarabía pegajosa?*– para mordisquear su sabor agrio, sabor de flor pequeña, de flor amarilla, objeto del deseo de gustar los sabores de la naturaleza, [...]» (pág. 13). Una fotografía, en la que «Alejo Molina se ha dejado llevar del momento, de su sentido de la estética, de su intuición racional y de la belleza ocasional de un paisaje que convierte en eterno.» (pág. 13). Una fotografía en la que al método y la técnica se superpone el factor emotivo, y el paisaje se nos muestra como un texto en similitud a un soneto bien construido.

Se trata de consideraciones críticas sobre un paisaje fotográfico que suscitan el conocimiento biográfico del autor de la foto. Un acontecer vital que se explicita en «Disquisiciones preparatorias» (págs. 17-57) por medio de diferentes apartados. Así, entre otros comentarios, se nos expone que Alejo Molina Martínez nace en Lorca en 1938, y tras concluir sus estudios en la Escuela de Maestría es contratado en puestos de responsabilidad por empresas como Singer y Lovable, lo que determina su estancia en diferentes ciudades españolas (Alicante, Palma de Mallorca, Barcelona, Madrid, y Guadalajara), y constantes viajes, por razones de trabajo, a ciudades extranjeras (Milán, Colonia, Londres, París, y Düsseldorf, entre otras). Viajes a los que se deben añadir otros de carácter particular a New York, Roma y Marraquech. Lugares dentro de los que Alejo, con sus fotografías, nos descubre rincones peculiares y personajes que vivifican espacios recónditos y entrañables. Una apuesta y concepción fotográfica la de Alejo que le integra en la denominada *Fotografía Humanista*, tendencia de la que también participan reconocidos fotógrafos como Robert Doisneau, Henri Cartier-Bresson, o Gabriel Cualladó; y asimismo, con posterioridad, se hace eco de las propuestas que surgen en la *Escuela de Madrid*, que condicionan su interés por el neorrealismo y la fotografía social. Influencias que Alejo asimila, pero, a la vez, sabe transformar en una impronta artística personal desde la que acierta a formular el concepto de visualidad textual en su doble y diferente tratamiento de la imagen y de la fotografía en cuanto a su lectura. Ello implica el tránsito del humanismo al intimismo y el testimonio social, hasta una nueva percepción en la que, según José Luis Molina, la antropología (fotografías en B/N) y la ciencia filosófico-literaria aportan factores que iluminan el devenir fotográfico de Alejo. En especial la antropología y en su conexión con la escritura fotográfica o de la imagen, que en la perspectiva semiológica preconizada por Roland Barthes en su obra *La cámara*

lúcida, habrá de derivar en el concepto de «álbum familiar». Una concepción a la que se incorpora lúcidas propuestas filosóficas, teórico-literarias, sociológicas, y psicoanalíticas de reputados teóricos como M. Augé, G. Bachelard, M. Foucault, S. Sontag, y J. Derrida. Pero tan sólo posibilitan diferentes perspectivas en referencia a un aparente o engañoso «álbum familiar» de Alejo Molina que nunca existió como tal o en gran medida desaparecido. Ausencia de un «álbum familiar» que justifica la innata vocación de Alejo por la fotografía. No obstante, son unos presupuestos como los esbozados por José Luis Molina los que mejor nos pueden ayudar a comprender y valorar la génesis y evolución artística fotográfica de Alejo, tanto en el campo analógico como en el digital.

Unas disquisiciones que permiten a José Luis Molina establecer unas bases teóricas y metodológicas para explicitar la configuración y concepción fotográfica de Alejo. El cual, básicamente, se decanta por el realismo a cualquier otra forma de expresión; ya que «El montaje se presta más a la creación libre, al juego. En él se puede llegar a distorsionar la realidad» (pág. 61). Se concreta una clara tendencia por el realismo, desarrollada en una específica línea argumental o conformación temática sobre la Semana Santa lorquina con singular atención a los «azules». Una preferencia que resulta relevante en términos semióticos; es decir, el tratamiento fotográfico de la «imagen-texto» de los «azules» se convierte en la materia significante en forma expresiva. Imagen y texto, en su nivel semiótico, funcionan de manera diversa; pero en el caso de Alejo Molina, sus fotografías conjugan una poesía visual en las que *secuencia* y *configuración* son fundamentales. Por lo que como agudamente destaca José Luis Molina, el «[...] entorno urbano que Alejo fotografía cuando lo hace en Semana Santa, casi deja de ser paisaje urbano para convertirse en escenario.» (pág. 69). Ello implica que los mecanismos mentales que incitan a Alejo a la búsqueda de motivos y a escoger los temas en función de la belleza de una imagen tienen que ver con imposiciones físicas (la luz, por ejemplo), sociales y subjetivas. Por ello, en referencia a esta última condición, su obra fotográfica, su transgresión a la imagen-texto, constituye un componente de su manera de pensar la imagen. Un pensar la imagen que José Luis Molina articula a partir de las hipótesis que derivan de críticos como G. Caresi, o H. Damisch.

Un tercer y último apartado del libro está dedicado a exponernos y analizar la trayectoria fotográfica de Alejo Molina en distintos apartados: a) muestras colectivas; b) muestras individuales (*Alquimia, Imágenes de la memoria, Pasión Azul*, etc.); c) reportajes; d) premios y menciones (destacan tres premios de honor, once primeros premios, y diversas menciones de honor, recibidos en diferentes ciudades de ámbito nacional); e) audiovisuales; f) libros de fotografías del autor (*El Paso Azul, Calvario, Civitas Solis*, etc.).

Y destaca un último e interesante epígrafe sobre la «fotografía emocionalmente intelectualizada». Intelectualizada en el sentido de que Alejo Molina ha conseguido que su fotografía impacte y, a la vez, que se reconozca al autor por su depurado estilo sin necesidad de rúbrica. Un conocimiento de la autoría que se pone al descubierto por el contenido emocional que impregna a la fotografía. Fotos en las que, más allá del interés social y humano personal, se aprecia una emoción contenida que evita la provocación. Un reflejo o espejo de su yo íntimo y placentero que contacta con la realidad que le lleva a asumir sus más profundas convicciones y creencias para comunicar su mensaje, obviando los condicionantes sociales del momento. Algo que podemos comprobar por medio de las muy numerosas fotografías, en sus diferentes estilos, que se intercalan a lo largo de las páginas del libro. Un conjunto de fotografías, algunas inéditas, que por sí solas tienen la suficiente entidad artística y valor comunicativo para su publicación de manera independiente.

Un libro que, desde planteamientos rigurosamente científicos, avalados por una muy selecta y pertinente bibliografía de prestigiosos autores nacionales e internacionales, como alguno de los citados, en campos tan diversos y complementarios como la teoría y crítica literarias, la filosofía, la estética, la semiología, la antropología, la psicología, y la sociología, pone de manifiesto la necesaria publicación de la presente obra. Además de constituir un acto de justicia y, a la par, de homenaje, al reivindicar la figura de un fotógrafo excepcional que a pesar de su proyección nacional, avalada por numerosos premios, no ha tenido el suficiente reconocimiento local y regional del que Alejo Molina Martínez es merecedor.